

LAS MUJERES Y SUS OFICIOS. COSTURERAS

Las hilanderas y la costurera, Diego Velázquez (1599-1660)

La encajera de bolillos, Jean Vermeer (1632-1675)

Muchacha cosiendo a máquina, Edward Hopper (1882-1967)

DIEGO VELÁZQUEZ

En España, Velázquez, un genio en todo, fue el único que pintó en *Las Hilanderas* un testimonio valioso sobre un trabajo especializado femenino. Todos los personajes son mujeres. Sus edades van desde la esplendorosa juventud a la enigmática ancianidad; sus ropas y actitudes delatan que unas son humildes trabajadoras y otras son nobles damas que van a examinar y posiblemente a adquirir el fruto del trabajo de las primeras. La paleta del pintor les ha sorprendido a todas en la Fábrica de tapices que estaba situada en la calle Santa Isabel de Madrid, junto al actual Reina Sofía. Una escena sencilla aparentemente, pero llama la atención que las trabajadoras ocupen la primera fila y las nobles damas estén al fondo. Estamos ante un viejo oficio que aún a las características de la artesanía y la magia de las conversaciones y la tradición oral.



Las hilanderas desarrollaban un noble arte que convertían las fibras de animales o vegetales en hilo, y con ese hilo, fabricaban tejidos para vestir o para hacer confortable el hogar. En la antigüedad los pueblos aprovechaban las estaciones más frías para estos menesteres y las familias y los vecinos se reunían junto al fuego y a la vez que hilaban y tejían, también se contaban historias y leyendas. A esta ancestral costumbre le llaman "Filandón" en León y en el pasado 2010, las Cortes de Castilla y León lo declararon como Bien de Interés Cultural y pedían también su inclusión dentro del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Unesco.

La destreza del arte de Velázquez culmina en el giro de la rueda de hilar en la que se representa, no ya el instrumento, sino el movimiento mismo. Se cree que pintó este cuadro hacia 1557.

En 1772 los inventarios de las colecciones reales le dan el nombre de *Las Hilanderas* al cuadro que *representa una fábrica de tapices y varias mujeres hilando y devanando*. Pero más tarde se ha interpretado en clave mitológica, como que Velázquez ocultó, tras esta cotidianidad, una fábula de la mitología griega. Un relato en el que dos mujeres, la diosa Minerva y la mortal Aracné, son protagonistas. Ambas enfrentadas en un duelo movidas por su orgullo profesional. Aracné, la más hábil tejedora de Lidia, hizo correr orgullosamente la voz de que era mucho mejor tejedora que la diosa Minerva, la cual con toda soberbia se presentó en el taller de la joven y la retó a demostrarle su habilidad. Cuando la joven empezó a tejer, la diosa comprendió que la obra era muy buena y que además dejaba en mal papel a Júpiter, su padre, (escenificando como, convertido en toro blanco raptó a la princesa Europa) y en venganza la convirtió en araña (un "arácnido").



Pero Velázquez también pintó a una solitaria joven cosiendo, que se cree era su hija mayor, Francisca Velázquez, reflejando el momento en que toda su atención se concentraba en la costura. De esta joven conocemos que nació en Sevilla en 1619 y se casó en Madrid, con 14 años (su madre se había casado con 15), con Juan Bautista Martínez del Mazo, pintor nacido en Cuenca y que trabajaba en el taller de su padre. Francisca murió en su noveno parto tras veinte años de casada, en 1653, siete años antes que su famosísimo padre.

JEAN VERMER

En los Países Bajos, Jan Vermeer nos dejó otro gran testimonio del mundo femenino en la intimidad de su hogar, pero también de su dedicación a un oficio manual. Y así lo vemos en este cuadro pintado hacia 1670. La hija de Velázquez y la protagonista de Vermeer vivían en dos ciudades muy distantes, Madrid y Delft, y fueron pintadas con treinta años de diferencia, pero la actitud de ambas, de concentrada y solitaria dedicación, es la misma y transmiten la sensación de un trabajo diestramente realizado. Las manualidades textiles eran consideradas, desde la Edad Media, como una actividad muy adecuada para la mujer. En la Biblia, los proverbios de Salomón describen así a la mujer fuerte: "Busca lana y lino y con voluntad trabaja con sus manos. Aplica su mano al huso y sus manos a la rueca. Ella se hace tapices; de lino fino y púrpura es su vestido..." La producción de encajes era realizada íntegramente por mujeres, pues en las organizaciones benéficas y en los conventos se procuraba enseñar a las jóvenes pobres la técnica de su fabricación, que precisaba gran esfuerzo y muchos años de aprendizaje, pero que una vez dominada les permitía ganar un dinero para su dote y, ya casadas, ayudar a sus esposos sin salir del hogar



El encaje de Flandes llegó a ser famoso en toda Europa y creó una floreciente industria, pero los salarios de las esforzadas mujeres nunca fueron proporcionados a la riqueza que producía su venta.

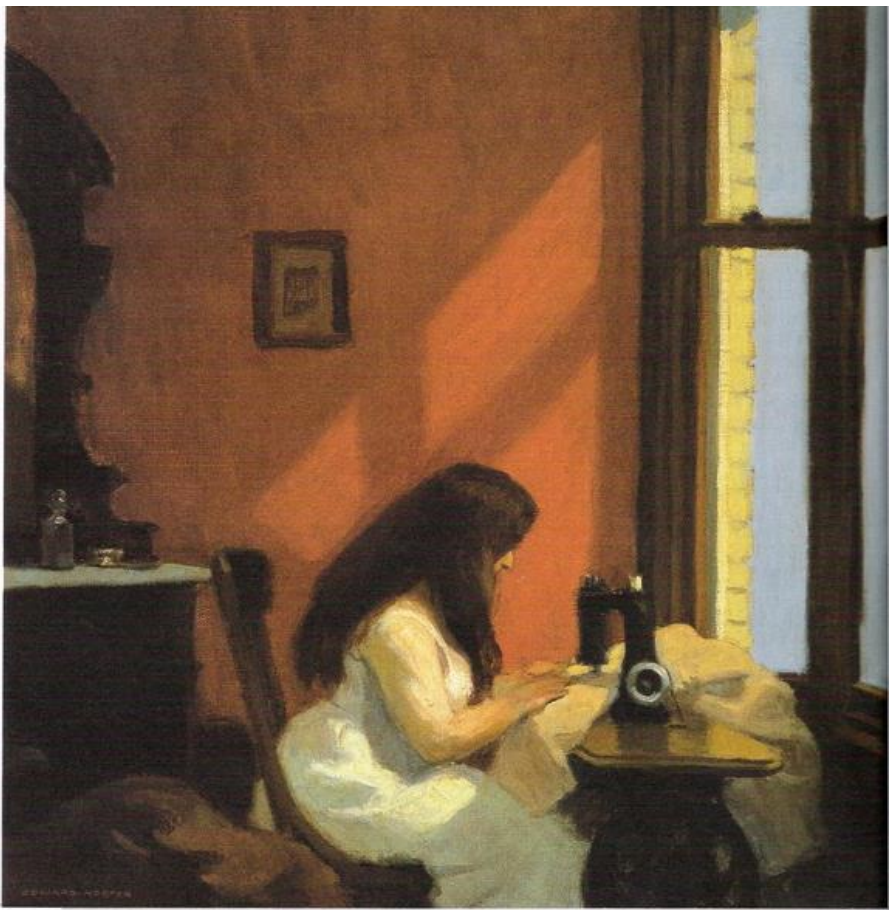
EDWARD HOOPER

Y pasamos al siglo XX y al cuadro de *Mujer cosiendo a máquina* (1921-1922) del pintor americano Edward Hopper, otra obra más en su línea que se caracteriza por sus personajes aislados y paralizados en el paisaje urbano. La joven mujer, tan absorta como las de Velázquez, Vermeer y Millet, cose en una habitación junto a una ventana por la que entra un esplendoroso sol.

Han pasado tres siglos, el mundo ha cambiado en tantas cosas que nadie lo reconocería, pero esta mujer -al igual que las del siglo XVII y el XIX- sigue sola y callada, trabajando dentro del hogar. Quizá cosiendo su propia ropa o la de sus hijos, o lo más probable es que esté trabajando de encargo y tal vez la luz de la mañana le ha sorprendido después de una noche en vela para terminar su tarea, porque la jornada de la costurera o de cualquier mujer que trabaja en su hogar, es flexible y siempre está en función de sus cargas familiares que, incuestionablemente, son las primeras.

Si nos fijamos bien en el cuadro, advertimos un cambio importante pues no son ya las manos de la mujer las que directamente cosen o bordan, ahora es una máquina, una máquina que había que aprender a manejar y que se convirtió, gracias a una hábil publicidad, desde mediados del XIX, en todo un símbolo de la identificación entre costura y feminidad. En 1896 un anuncio de la máquina Singer llamaba a su producto: *"Una máquina de la madre. El regalo de boda mejor recibido y que ayuda enormemente a la felicidad doméstica"*

Esta máquina, que no servía para hacer primorosos encajes, ni bordaba aún, sí servía para hacer en un tiempo récord interminables costuras. Estas mujeres o bien trabajaban en las fábricas dedicadas a la confección en serie (como los uniformes de los soldados) o desarrollaban su labor en la propia casa. De cualquier forma, esta era una fuente de ingresos para la familia.



Maria Rosa Fernandez Peña

